

declinó el ofrecimiento que Francia le hizo de conservar el Hanover en depósito, pero negó también á los coaligados el concurso de sus armas, cuya antigua reputación era bien conocida. Francia no contaba más aliados que las repúblicas que había fundado y España, á la que la piratería de los ingleses (1) había obligado por fin á echarse en brazos de Napoleón después de la presa, por una escuadra suya, de cuatro galeones españoles que llevaban 32.000.000 de piastras (5 de Octubre de 1804) (2). En su virtud, pues, en 12 de Diciembre puso España á disposición del Imperio treinta y dos navíos de línea.

Austria, la primera de las potencias coaligadas que estuvo dispuesta, concentró rápidamente sus tropas sobre el Adigio. El plan que el Estado mayor austriaco convino con el general ruso, Wintzingerode, era el siguiente: tres ejércitos austriacos debían tomar la ofensiva sobre el Adigio, en el Tirol y en Baviera. Los rusos deberían organizar también sus ejércitos, el primero para apoyar al ejército austriaco de Baviera, el segundo para invadir con los ingleses el reino de Nápoles, y el tercero para bajar con los suecos á Pomerania. Un cuarto ejército debía concentrarse en Polonia, amenazando á Prusia, á fin de obligarla á entrar en la coalición. Estos ejércitos abrieron la campaña en el mismo momento en que, por un fatal concurso de circunstancias y por las faltas del almirante Villeneuve, fracasaban por completo los planes marítimos de Napoleón.

El primero que había salido para el destino que el Emperador le

(1) Pitt trató de molestar á España con objeto de que formase en la coalición que proyectaba contra Francia. Para ello empezó pidiendo un subsidio igual al que España tenía el compromiso de pagar á Francia, subsidio que no se satisfacía por ser imposible, y por formular reclamaciones respecto á los armamentos marítimos que hacíamos en el Ferrol y á nuestros cruceros de América. No se limitó á esto, sino que intentó hacer responsable á Carlos IV de cualquier ataque de Francia á Portugal, y últimamente, y en vista de la actitud de nuestro gobierno, ordenó á sus buques que echasen á pique todas nuestras embarcaciones mayores de cien toneladas. Motivos, pues, tenía nuestra patria para aliarse con Francia, y al declararse la guerra, Carlos IV ordenó el arresto de todos los ingleses que se encontraran en la Península y el secuestro de sus bienes.—(N. del T.)

(2) Las cuatro fragatas españolas á que se refiere el autor, procedían de Lima y Buenos-Aires y conducían cuatro millones de pesos. Fueron sorprendidas por una escuadra inglesa que hacía el crucero por nuestras costas, en el cabo de Santa María; nuestros marinos se defendieron heroicamente, pero pronto fué incendiada y volada la fragata *Mercedes*, con trescientos hombres que la tripulaban, y las otras tres hubieron de rendirse y fueron conducidas á la Gran Bretaña en prenda de la neutralidad de España.—(N. del T.)



La emperatriz Josefina disponiéndose para la coronación. (Cuadro de M. Viger-Duvigneau)

1. Elisa Baciocchi.—2. Paulina Borghese.—3. Carolina de Neápolis.—4. Reina Hortensia.—5. Príncipe real de Holanda.—6. Condesa de Lavalette.
7. Emperatriz Cecilia.—8. M. de Avellan.—9. Julia Clary, reina de España.

señalara fué el almirante Missiessy, que guarneció y aprovisionó las Antillas francesas, impuso grandes contribuciones de guerra á las islas inglesas y, no encontrando ni un solo buque de las otras escuadras, regresó á Francia. Ganteaume, bloqueado por fuerzas inglesas superiores, no pudo salir de Brest (1), y Villeneuve, á quien Nelson vigilaba por los alrededores de Cerdeña, logró salvar el estrecho de Gibraltar sin encontrar al enemigo, recogió la escuadra del almirante Gravina, volvió á aprovisionar la Martinica, molestó la Barbada y se resolvió á regresar á Francia para tomar posiciones en la Mancha. Nelson, que en un principio se engañara respecto á sus intenciones, le siguió después á algunos días de distancia y aprovisionó también por su parte las Antillas inglesas.

Mientras tanto, iban reuniéndose en Boloña y en los puertos próximos los pequeños buques de la flota de desembarco, en número de 2.000, bajo la dirección de los almirantes Lacrosse, Courand, Savary y Verhuell, hallándose dispuestos á embarcarse 100.000 hombres á las órdenes de Lannes, Davout, Soult y Ney, apoyados por una reserva de 27.000 más. Marmont se hallaba en los Países Bajos al frente de otros 20.000 soldados, que debían embarcarse en la escuadra de Texel. La escuadra de Villeneuve hubiera bastado para facilitar el desembarco, pero no llegó á tiempo, é Inglaterra se salvó gracias á este retraso; había llegado á la altura del cabo de Finisterre cuando encontró una escuadra inglesa que le cerraba el paso: eran los buques del almirante Calder, quien había levantado precipitadamente el bloqueo de Vigo y del Ferrol para interceptar á Villeneuve sus comunicaciones con los puertos de Francia. A favor de la niebla, los ingleses consiguieron apoderarse de dos buques españoles, y esta pérdida, cuyas consecuencias exageró Villeneuve, le determinó á recalar en la Coruña, donde perdió mucho tiempo, dando lugar á que Nelson llegase desde las Antillas, después de haber fondeado en Gibraltar, y recogiese, dirigiéndose al Norte, la escuadra de Colling-

(1) Contribuyó á ello un fenómeno de la estación, cual no lo recordaba igual la memoria de los hombres: la profunda calma que reinó en los meses de Marzo, Abril y Mayo, durante los cuales no hubo un solo día de viento que permitiese navegar á los buques ingleses y maniobrar á los de la escuadra francesa. — (N. del T.)